

Jean Guittou escribió: "Es un misterio, el hecho de que cierta cultura detenga la verdadera cultura, cierto saber destruya la verdadera ciencia, cierta teología, la religión".¹

¿Habrá también un estudio de las ciencias sagradas que apartaría al monje de su búsqueda de Dios? El asunto está lejos de ser novedad, sobre todo en este período de aggiornamento en el que la formación monástica está a la orden del día. Por otra parte, con razón. Pero antes de establecer programas de estudios y, sobre todo antes de enviar al monje o a la monja a seguir cursos aquí o allá ¿no será necesario tomar conciencia de la profunda originalidad del saber monástico bajo pena de hacer cosas inútiles?

Estas páginas quieren ayudar a esta toma de conciencia, dejando bien sentado, desde el comienzo, que no se trata en modo alguno de reabrir la demasiado famosa querrela sobre los estudios monásticos en los que se destacaron en otra época Mabillon y Rancé. Tanto más que la oposición entre partidarios y adversarios de los estudios monásticos, ensalzando unos el valor contemplativo de la teología, alabando otros la humildad de una santa ignorancia, se asemeja habitualmente a un diálogo de sordos en que la identidad de vocabulario disimula la diversidad de las experiencias, de suyo complementarias. Porque todo saber auténtico ¿no es acaso fuente potencial de sabiduría y toda sabiduría el fruto de una inteligencia abierta y atenta a los misterios de su fe? Como para concluir el debate, los santos se dividen equitativamente en doctos y menos doctos, los primeros constatan su impotencia al término de sus búsquedas estudiosas y los segundos antes de comenzarlas. ¡Hermosa diferencia respecto a la profundidad de Dios! Por otra parte la experiencia ha probado muchas veces que el desarrollo armonioso de la vida monástica sufre tanto por la falta de teología como por su exceso.

Si estas páginas se detienen más sobre el peligro que cierta manera de estudiar la teología hace correr al monje, se debe al hecho que de los dos peligros, el primero ha perdido en nuestros días mucho de su agudeza. Felizmente, este ya no es el tiempo en que en ciertos monasterios se consideraba al *scriptorium* como un refugio de holgazanes y la biblioteca era condenada como un lugar particularmente peligroso. Otra razón —¿por qué no reconocerlo?— deriva de mi propia experiencia que me ha sensibilizado más a los inconvenientes de un trabajo intelectual mal adaptado sin duda en un dominio que toca tan de cerca a nuestra vida y es más prudente limirse a aquello de lo que uno tiene más conocimiento directo. Esto es confesar por el mismo hecho el carácter parcial de estas líneas. Para restablecer el equilibrio sería necesario agregar el testimonio inverso donde se expusiera lo que el monje puede obtener desde el punto de vista de la cultura general, el rigor de pensamiento, la formación del

* De *Collectanea Cisterciensia* T. 31-1969-3.

¹ J. GUITTON, *Une mère dans sa vallée*, pág. 85.

sentido crítico. . . de una teología escolar tal como la dispensa actualmente la universidad o el seminario.

He escrito a propósito: "actualmente" porque en la medida en que la teología universitaria se deja absorber menos por los "estudios críticos, los análisis sociológicos, las exégesis, las teorías, las discusiones, en resumen, toda la actividad de una teología en búsqueda para reposar en una mirada contemplativa sobre el objeto de su estudio, una mirada más próxima a lo que una antigua y venerable tradición denomina, precisamente, teología"² en esa misma medida este artículo perdería una parte de su razón de ser al atenuarse la oposición entre lo que yo llamo un saber de tipo universitario y un saber de tipo monástico o, según Newman, un saber "nocional" y un saber real, o aún según Gabriel Marcel, un saber impersonal del orden del "haber" y un saber existencial que pertenece al orden del "ser". Pero, lamentablemente, se está lejos de que esto sea así, aunque podemos discernir cierto movimiento en este sentido. Aquí o allá —la mayor parte de las veces al margen de la universidad misma— los teólogos experimentan un nuevo enfoque teológico más concreto, más comprometido, más comunitario. Pero además de que tales centros son todavía poco numerosos y que la cuestión de la oportunidad de salidas para estudios se seguiría planteando, ¿es seguro que la transformación de una facultad de teología en una suerte de centro que transmitiría una cultura y no solamente un saber³ la volvería *ipso facto* benéfica al monje?

Es cierto que él no es ni un investigador científico, ni un especialista propiamente dicho y que puede sin falsa vergüenza ni injusticia utilizar "los medios científicos preparados por otros"⁴ en la medida de sus necesidades. También es cierto que él no estudia para obtener el diploma que lo habilitaría para el ejercicio de una profesión, su estudio no está ordenado a un obrar, podría entonces contentarse con pedir a la universidad aquella cultura que la ultra especialización vuelve cada vez más aleatoria pero que formaba parte integrante de la misión de la universidad tradicional. ¿Pero será esta sabiduría lo que el monje pone como fin de su estudio? Antes bien, ¿no es lo que una tradición bien establecida ha tomado el hábito de designar con el término de "contemplación?" La palabra tiene mala reputación en nuestros días como todo lo que de cerca o de lejos lleva la etiqueta del neo-platonismo. ¿Será ésta una razón suficiente para rechazarla en bloque sin tener en cuenta el enriquecimiento que dos mil años de cristianismo han aportado? Atención a Dios, búsqueda de Dios, recuerdo habitual de Dios, gusto por Dios, escucha de la Palabra, deseo de Unión con el Padre, el Hijo y el Espíritu. . . ¿estos actos tan simples son acaso otra cosa que la puesta en práctica de Jn 17,3. "La vida eterna consiste en concierte a Ti, solo y verdadero Dios y a tu enviado Jesucristo?". En este sentido, todo cristiano, por la gracia de su bautismo es un contemplativo en potencia. Y de hecho, nadie está dispensado de pensar su fe y de vivir en la intimidad de las tres Personas divinas, desde esta vida. Pero al monje se le pide hacer esta "experiencia de Dios"⁵ de manera más consciente y

² H. DE LUBAC, *Paradoxe et mystère de l'Eglise*, Aubier-Montaigne. 1967. pág. 9.

³ K. RAHNER, *Mission et grâce*, Mame, 1963 T II pág. 106.

⁴ J. BEYER, s.j. citado por D. J. LECLERCQ *Chronique de l'actualité contemplative* N. R. Th. 1968 pág. 74.

⁵ *Mensaje de los monjes contemplativos al Sínodo de los Obispos.*

más exclusiva en beneficio de toda la Iglesia; si él posee por gracia un sentido espiritual más desarrollado que sus hermanos, su "gusto por Dios", este don de contemplación, lejos de ser privilegio personal, es un carisma y por ello un servicio de Iglesia. Es la Iglesia que por él busca a su Señor. Es la Iglesia quien recuerda la Palabra y la guarda en su corazón. Es la Iglesia quien reza y canta su magnificat... como es la Iglesia quien testimonia su fe en la muerte del mártir y quien anuncia el Evangelio por la voz del misionero.

Si el contemplativo es este hombre a quien Dios interesa prodigiosamente hasta el punto de consagrar a su búsqueda todos los recursos de su ser y todo su tiempo, es evidente que su inteligencia de la fe toma una tonalidad particular, aun siendo radicalmente la misma de sus hermanos en Cristo. Menos especulativo, más voluntario y más afectivo, su estudio de la Revelación apunta a obtener no tanto un conocimiento —aunque sea exhaustivo— de la verdad, tarea propia del filósofo y del teólogo especulativo, sino más bien un contacto directo con Dios, un encuentro con una Persona como en un pregusto del cara a cara eterno. El monje no sólo tiene la evidencia de que Dios es realmente el objeto único de la teología (en el sentido occidental) como enseñan Sto. Tomás y la tradición, sino que lo busca y lo descubre en toda verdad parcial que aprehende. La creación le habla de Dios, la historia de salvación le habla de Dios, su propia historia le habla de Dios. "Si lo estudias todo, verás enseguida que nada es superfluo"⁶ aconseja Hugo de Saint-Victor, convencido de que todo saber viene de Dios y a él conduce, para quien como el contemplativo, está en búsqueda de una Persona incansablemente adivinada a través del lenguaje múltiple del ser.

Por esto, y es la primera consecuencia de esta reflexión sobre la naturaleza del saber monástico, es imposible limitar cuantitativamente la ciencia que conviene al contemplativo. Por lo menos de derecho. De hecho, en la práctica, el tiempo se encarga de ello las más de las veces así como las aptitudes y atractivos de cada uno porque, en el oficio de la contemplación, hay tantos itinerarios cuantos buscadores. Sin embargo, dado que la contemplación, aunque "penetración libre admirativa del espíritu en el dominio de la sabiduría"⁷ no depende de nosotros sino de la voluntad de Dios que se revela, existe un camino privilegiado para volver a unírsele, el mismo que El ha utilizado para decirnos quién es: su Palabra. Por esto la Sagrada Escritura debe ocupar en el estudio monástico no sólo el primer lugar, sino todo el lugar, en el sentido que todo otro estudio debe referírsele de alguna manera como su preparación, su ilustración o su comentario. Todo el estudio del monje estará entonces al servicio de su *lectio divina*, esta lectura lenta, desinteresada y orante de la Biblia en que el amor de la voluntad tiene tanto lugar como la inteligencia. Consecuencia inmediata y muy importante: es entonces en función de la *lectio* que convendrá organizar el saber monástico. Es necesario decirlo claramente: no todo estudio es apto para facilitar y alentar la *lectio* monástica, sino solamente aquel que se realiza *en las mismas condiciones y en las mismas disposiciones interiores* que esta última. Es decir

⁶ HUGO DE SAINT VICTOR *Eruditio didascalica*, citado en *Spiritualité du Moyen Age*, pág. 284.

⁷ RICARDO DE SAINT VICTOR *Benjamin Maior*. Lib. I, cap. IV.

que no son actividades opuestas, reservando el estudio al monopolio de la inteligencia y la *lectio* al de la voluntad. La primera actividad no es solamente preparación para la segunda, ni ésta el complemento, el término de aquella. El estudio del monje es ya en cierta medida la *lectio*, puesto que es ya un encuentro personal con Dios. Lo que no le impide de ningún modo permanecer fiel a las exigencias legítimas de las ciencias, pero lo preserva de estar al margen de la vida espiritual, más aún en oposición larvada con ella. ¿Cómo exigir del monje que haga abstracción de la presencia de Dios, para salvaguardar, diríamos, la objetividad científica de su estudio, y a continuación, de un modo arbitrario y artificial, abandonar todo lo que su búsqueda crítica le ha enseñado para darse a una meditación "pura" del texto sagrado? Tal dualismo es nefasto intelectual y psicológicamente. Y desgraciadamente no es raro. Por el contrario, un estudio llevado como una *lectio* es profundamente unificante. Muy normalmente se despliega en oración y alabanza como la *lectio* propiamente dicha.

Todos los otros rasgos aplicables a la *lectio divina* se encontrarán en dicho estudio. Y primeramente, su continuidad. Jamás podrá el monje poner término a su labor intelectual porque a medida que retroceden las fronteras de su ignorancia, se revelarán a sus ojos deslumbrados nuevas profundidades de sabiduría y amor. Mientras que la adquisición de cierto caudal científico constituye en el dominio profano un signo de superioridad y de poder, una riqueza, el estudio del monje lo reduce sin cesar a sus límites, a la percepción dolorosa de su incapacidad radical para estar a la altura de su objeto, a la sensación de estar siempre como una bestia de carga delante de su Señor. Es tal la pobreza inherente al saber monástico que en buena lógica los exámenes deberían pasarse al revés. ¡Extraños exámenes donde las hojas en blanco y las fallas de la memoria designarían el estudiante modelo!

Otra consecuencia igualmente importante, es la estrecha unión del saber con el conjunto de la vida. Si ya, como lo hizo notar el P. Rahner, a propósito de la formación de los clérigos, "la teología es de todas las ciencias la que menos puede prescindir de una participación de todo el ser"⁸ ¿qué decir de la tarea del contemplativo que pretende, él, pecador, tocar, gustar a Dios que es Amor, mientras que, como lo afirma la tradición unánime, sólo lo semejante puede conocer a su semejante? Nuestros padres en la fe tampoco consideraron la *theoria* sin la *praxis* (y para un cristiano, esta significa no una técnica sino un crecimiento en la caridad); no hay contemplación sin ascesis y purificación de la mirada interior. Y ¿dónde encontrará el monje esta pureza de corazón necesaria a su contemplación si no es en el taller espiritual del monasterio donde todo está organizado precisamente para hacerlo llegar a la caridad perfecta que excluye el temor? Es por esto que el cuadro normal del estudio monástico sigue siendo el monasterio. En efecto, si el esfuerzo intelectual y la opción voluntarias están ligadas hasta este punto con el conocimiento contemplativo, el tiempo juega aquí un gran papel y el monasterio con su horario en que alternan oración, trabajo y estudio-*lectio* obliga por lo mismo a este último a prolongarse por un tiempo más largo, lo que es indispensable para una asimilación en profundidad, que será a su vez la generadora de un sentido intelectual más afinado.

⁸ K. RAHNER *Mission et grâce* Mame 1963 T II pág. 123.

¡Quién no se ha sorprendido un día u otro al redescubrir una verdad desde hace mucho "conocida", como aquella joven monja, admirada al constatar que la Regla que conocía de memoria al salir del noviciado, seguía siendo para ella un libro en gran parte sellado y cuya riqueza adivinaba que tendría que inventariar a lo largo de toda su vida. Normalmente, esta transformación de un saber todavía nocional en un saber real y vital se hace insensiblemente a medida que crece la experiencia de Dios, del prójimo y de sí mismo y que el corazón se purifica y se dilata. Pero, si el tiempo necesario a esta asimilación se restringe mientras que aumenta el aporte nocional, el ritmo vital se rompe. Desbordada, la inteligencia se limita entonces a registrar los conocimientos en un rincón de su memoria, en cierta manera como, a la entrada del invierno, ciertos animales se preparan una reserva de alimentos para los días de escasez. Si tal situación se prolonga, el monje corre el riesgo de olvidar el carácter totalmente superficial de su ciencia. Se cree rico y acumula entre Dios y él una muralla de teorías y de conceptos. Son dos interlocutores que se colocan en niveles diferentes, y entonces el diálogo no puede continuar. Tentación que conoce a veces el monje que vuelve al monasterio después de largos años consagrados a conseguir grados universitarios. Obstaculizado por un saber que no ha podido todavía asimilar personalmente, tiene fácilmente la impresión de que esta ciencia no le estaba destinada. ¿No la ha recibido a fin de transmitirla? Y como tal vez no tiene alumnos, al menos en número suficiente para su celo, se siente tentado de buscar afuera un auditorio.

Si resiste, es probable por lo menos que se contente al principio con dar a sus hermanos un curso calcado sobre el patrón de lo que él mismo ha recibido sin darse cuenta que la diferencia de finalidad perseguida exige una refundición total de su materia. El no es un especialista que forma a otros investigadores iniciándoles en el itinerario de su búsqueda, sino un monje que transmite lo que él mismo vive, con toda la serena solidez de la objetividad científica que no se debe descuidar. En efecto, el carácter a la vez gratuito y profundamente comprometido del saber monástico tiene una repercusión perceptible sobre la manera misma de estudiar más todavía que sobre la composición de una *ratio studiorum*. Aunque lean el mismo libro y escuchen la misma exposición magistral, el universitario y el monje no lo harán exactamente con el mismo espíritu. Permaneciendo siempre más o menos juez de su texto, el universitario, aunque se esfuerce por escuchar imparcialmente, será esencialmente crítico. Poco le importa quién hable y sus títulos de credibilidad, él no se rinde sino ante la presentación de las pruebas. Enteramente otra es la actitud del monje. Activa, comprometida, muy personal, su escucha de la Palabra es flexible y receptiva. Si a veces puede el universitario permitirse jugar con las ideas o gustar la ebriedad de la fiesta intelectual sin cuestionarse, el monje, en cambio, se sabe discípulo, a quien le conviene escuchar.⁹

Da *a priori* a su interlocutor el asentimiento religioso de su espíritu porque se le aparece claro como el día que la Palabra de Dios tiene razón en todas las circunstancias¹⁰. En lo concreto, la conciliación de estas dos actitudes no es siempre fácil. Esta

⁹ Regla de San Benito cap. VI.

¹⁰ H. URS VON BALTHASAR *La Prière contemplative*, Desclés de Brouwer 1958 pág. 242.

joven monja pasará años antes de comprender que uno no hace su lectio divina como quien discute una tesis, o tal joven monje enviado a la universidad y deslumbrado por la libertad intelectual esencial al saber escolar tendrá tendencia a magnificar su valor. O ¿quién no ha experimentado un poco de malestar al pasar sin transición de la exégesis científica a una página del Evangelio o a la audición de ese mismo texto en la liturgia?

¿Pero la dificultad no viene precisamente de haber separado dos actitudes complementarias, reservando una para el estudio y la otra para la lectura piadosa, en lugar de ejercitarla juntas en los mismos textos? Tarea difícil pero realizable en la medida en que el término del estudio permanece siendo siempre una Persona. Porque una persona constituye un todo indisociable. "Por intrincadamente entrelazadas que sean las relaciones, siempre aparece el conjunto, siempre se vuelve a caer sobre sus pies, siempre una cosa remite a la otra".¹¹ Establecida en la presencia de Dios, la inteligencia trabaja fácilmente sin complejos ni segunda intención, segura de que cualquiera sea el número y la variedad de las interpretaciones que van y vienen, "la figura permanece". Y, concluye Urs von Balthasar, "el arte consiste en permanecer con la figura".¹² Entonces todo se unifica como por sí mismo, todo se inscribe como naturalmente en un conjunto que se revela cada vez más coherente y armonioso. Y el contemplativo experimenta la curiosa pero liberadora impresión de que él puede "avanzar cada vez más lejos... descubrir sin cesar relaciones y proporciones nuevas pero jamás un desacuerdo, una falta de equilibrio, un error de cálculo"¹³ porque todas las cosas encuentran en Jesucristo su medida y su peso. No lo sabe solamente por su fe, sino que lo ve, lo toca, lo experimenta sin cesar en su vida de todos los días, a medida que progresa en la inteligencia del misterio escondido a los sabios y a los sagaces de este mundo pero revelado a los hijos del Reino. Lo que no quiere decir que él pueda pretender hacerlo sin esfuerzo metódico y perseverante. Las cualidades necesarias al estudio monástico hacen de él una ascesis no desaprovechable en la cual conviene estar entrenado como en los otros instrumentos del arte espiritual. Pero para ser eficaz, esta primera formación intelectual del monje debe ser de la misma naturaleza que el estudio ulterior que ya he descrito. De otro modo no se ve cómo formaría al monje para estudiar al modo monástico. Es por esto que yo lo imaginaría de buen grado bajo la forma de una "lectura dirigida" como lo sugería el recordado padre Basilio Morison¹⁴ salvo en lo que se refiere a dar un complemento más científico a los futuros sacerdotes y, por supuesto, a los mismos formadores. En este caso la tarea de diversos profesores consistiría en comunicar a sus alumnos el gusto por el estudio

¹¹ H. URS VON BALTHASAR *La gloire et la croix*, Aubier, Coll-Théologie, pág. 158.

¹² *idem* p. 525.

¹³ *idem* pág. 159. Este texto es aplicado por el autor a la figura de Cristo mismo que reúne "en un equilibrio sin defecto y por tanto realizado sin esfuerzo", los aspectos más diversos, hasta aparentemente contradictorios. Pero esta impresión de plenitud y de unidad desborda de Cristo sobre el conjunto del cosmos y de la historia de salvación porque "imagen de todas las imágenes, es imposible que no afecte y ordene en torno a sí por su presencia todas las imágenes del mundo", pág. 355.

¹⁴ cf. el Informe de la reunión de noviembre 1968, de la Comisión para la formación monástica de los religiosos en la Orden Cisterciense de la S. O. p. 29.

—*lectio* y en equiparlos con los medios adecuados. Dar el gusto, el deseo de un trabajo intelectual y contemplativo serio y apacible es extremadamente importante, porque, sin él, ningún estudio monástico puede llevar frutos de contemplación. Por el contrario, con él se puede conocer momentáneamente la penuria de tiempo o de libros sin temor a morir de inanición porque el espíritu, ingenioso para obtener lo que desea fuertemente, hace su miel como una diligente abeja con todos los recursos, no despreciables, de las lecturas litúrgicas y comunitarias. Era uno de los medios de que se valían en otro tiempo los conversos y los resultados eran probatorios. El profesor transmitirá este gusto, sobre todo por su propia actitud ante el misterio de fe, por su manera de enfocar su objeto, en una palabra, más por lo que él sea que por lo que diga. Su ejemplo debe ser tanto más atrayente ya que la generación actual, habituada a la rapidez de las imágenes de la televisión, al ruido de fondo de los transistores y a los intercambios incesantes, está menos familiarizada con un tipo de lectura lenta, desinteresada y personal como es la *lectio* monástica.

En cuanto a los medios, los hay de todos los géneros. El primero es sin duda la posibilidad de disponer de cierto tiempo, pero esto es muchas veces lo que se consigue con menos facilidad. Al menos conviene enseñar al estudiante a no dilapidarlo en lecturas fútiles u ociosas, teniendo en cuenta que la lectura inútil para uno puede serle necesaria a otro. Sto. Tomás coloca la curiosidad intelectual desordenada entre las faltas de templanza. Puede también —es poca cosa, pero tan preciosa a veces— mostrarle los recursos que ofrece un diccionario, un índice, una concordancia, una bibliografía. . . Asegurados estos detalles materiales, queda todo el campo de la formación del juicio y de la cultura. Lo primero no depende de ningún curso. La vida y el trabajo personal orientados por la experiencia del maestro se encargarán de ello en el transcurso de los días y de los años. . . Es un dominio en el que siempre queda mucho que aprender, generalmente a sus expensas, lo que ayuda a retener la lección como en la fábula. En cuanto a la cultura. . . ella ha alcanzado en nuestros días dimensiones enciclopédicas. ¿Es necesario enseñar por principio un poco de todo? Me parece que el mejor criterio es, una vez más, según las necesidades de la *lectio*. El monje debe saber lo bastante como para no multiplicar los contrasentidos al abordar los autores antiguos y modernos. No se lee a San Agustín como a Gilbert Cesbron. Es necesario un mínimo de información histórica y filosófica. Conviene no olvidar la moral, tan útil para evitar los dramas de conciencia, ni la psicología, para favorecer los contactos de la vida común. . . Y sin duda es necesario estar formado en exégesis, iniciado en los arcanos de los géneros literarios y de los diferentes sentidos de la Escritura. . . sin olvidar tampoco que el monje está dedicado a la liturgia y también que consagra cierto número de horas a trabajar con sus manos. . . En una palabra, será sin duda más fácil descubrir lo que, por azar o por olvido, el monje no debería saber, que enumerar todo aquello de lo que debería estar al corriente. . . sin ser en absoluto un especialista y sin disponer de más tiempo que las veinticuatro horas del día. Tal programa tiene esto de consolador: es tan amplio que nadie puede pretender honestamente cumplirlo totalmente, lo que al menos constituye una cómoda excusa al incumplimiento de aquellos que los profesores elaboran y que los estudiantes padecen hasta hoy.

Tratemos de imaginar entonces, para terminar, algo que se asemejaría a un pro-

grama de estudios por "lectura dirigida". En algunos años el estudiante debería asimilar un cierto número de volúmenes que lo proveerían de un cuadro sólido para su lectura ulterior. No faltan en nuestros días introducciones a la Biblia, a la patología, a la liturgia: la mayor parte son muy superiores a lo que un profesor podría redactar sobre el tema. Haría una excepción con la filosofía y parcialmente con la historia, porque, ya se adhiera a la posteridad espiritual de Sto. Tomás o a la de Kant, no se comprende que un profesor de filosofía acepte dar otra filosofía que la propia. Aun en este caso, será bueno habituar al estudiante al contacto directo con uno u otro texto filosófico. Lo mismo podemos decir a fortiori de la patología o de la historia de la espiritualidad, en especial la de la Orden. Ningún curso, sobre todo si pretende ser exhaustivo acumulando nombres y fechas, puede formar tanto como el contacto personal con un pensamiento o una alta experiencia religiosa. Estas lecturas, se sobreentiende, serán anotadas, resumidas, comentadas, con los otros condiscípulos. He dicho "en la medida de lo posible" porque, sobre todo entre las monjas, será frecuente que los alumnos tengan cada uno su programa particular según sus aptitudes y sus atractivos. Este sistema presenta la ventaja de permitir una mejor adaptación a cada caso individual que los cursos clásicos, que requieren en principio un auditorio homogéneo. Los exámenes se tornarán superfluos ya que el trabajo del estudiante será objeto de un control permanente. ¿Habría que prever tiempos fuertes o períodos de puesta al día como se suele decir? No es menester excluirlos a priori, pero habría que evitar el presentarlos como indispensables y sobre todo el ver en ellos una puesta al día de un saber pasado de moda, siendo que el saber monástico progresa más en el sentido de una profundización que de una ampliación de centros de interés. Desde luego, este programa puede seguirse en el propio monasterio siempre que éste disponga de libros y de profesores suficientes y que no exija la derogación del horario común. Permite sobre todo, al joven monje adquirir y conservar en su búsqueda intelectual el carácter de un contacto personal con Dios, prenda y recompensa de una vida monástica plena. Ciertamente, Dios es enteramente libre en sus dones, y puede dar sus luces de la manera que le plazca, pero es conforme al espíritu de San Benito el prepararse a ello por la oración y el esfuerzo generoso que son ya frutos de su gracia.

*Tradujo: Comunidad de Mater Ecclesiae
Uruguay*